

Egipto - Un papiro relata la aparición de un OVNI en la Antigüedad



Un papiro egipcio de tres mil quinientos años podría contener el relato escrito más antiguo jamás conocido sobre la observación de objetos no identificados. Pero este documento capital — e inencontrable — ¿llegó siquiera a existir?

El año 22 del reinado: una mañana que no era ordinaria

En el vigésimo segundo año del reinado de Tutmosis III, en el tercer mes del invierno, a la sexta hora del día — es decir, alrededor del mediodía según la división solar del Egipto antiguo —, los escribas de la «Casa de la Vida» observaron algo inusual en el cielo. Lo que vieron los derribó al suelo. Se postraron, y luego corrieron a avisar al Faraón.

La Casa de la Vida — el *Per Ankh* — no era un simple escritorio. Era la institución intelectual más elevada de Egipto, el lugar donde astrónomos, médicos y teólogos trabajaban codo a codo bajo la protección de Thot, dios del conocimiento. Los hombres que observaron el fenómeno eran, según los criterios de su época, los testigos más cualificados que podían existir.

He aquí la traducción del texto tal como fue establecida por el príncipe Boris de Rachewiltz en los años cincuenta:

«En el año 22, en el tercer mes del invierno, a la sexta hora del día, los escribas de la Casa de la Vida divisaron un círculo de fuego que descendía del cielo. No tenía cabeza; de su boca emanaba un aliento fétido. Su cuerpo medía un codo de longitud y un codo de anchura. No emitía sonido alguno. Los corazones de los escribas quedaron turbados y se arrojaron sobre sus vientres. Fueron a dar parte al Faraón. Su Majestad ordenó consultar los rollos conservados en la Casa de la Vida.»

Pocos días después, según el mismo texto, los fenómenos se multiplicaron hasta superar en brillo la luz del sol e invadir «los cuatro ángulos del cielo». El ejército del Faraón los observó en formación. Peces y pájaros cayeron del cielo. El faraón mandó quemar incienso, ordenó que el acontecimiento fuera consignado para la eternidad en los Anales de la Casa de la Vida, y declaró aquel día digno de ser recordado.

Tutmosis III, el Napoleón de los faraones

Para comprender el peso de este testimonio, es necesario situar su contexto. Tutmosis III — también escrito Thutmose o Tuthmosis — es considerado por los egiptólogos como uno de los más grandes soberanos que conoció el Egipto antiguo. Su reinado oficial se extiende desde aproximadamente 1479 hasta 1425 antes de nuestra era, aunque ejerció primero una co-regencia bajo la tutela de su madrastra Hatshepsut durante casi veintidós años.

Apodado el «Napoleón del Egipto antiguo», dirigió diecisiete grandes campañas militares, extendiendo el imperio del Nilo hasta el Éufrates por el norte y hasta la cuarta catarata del Nilo por el sur. Su victoria en la batalla de Megido en 1457 antes de nuestra era — cuyo relato fue grabado en los muros del templo de Karnak por su secretario personal Tjaneni — sigue siendo una de las primeras batallas documentadas de la historia de la humanidad.

Es, pues, un hombre acostumbrado a las proezas militares, a la grandeza y a la observación del mundo, quien se encontró frente al cielo en llamas de aquel misterioso invierno. Que este faraón, que había hecho erigir estelas desde el Éufrates hasta Sudán, considerara el fenómeno aéreo suficientemente notable como para inmortalizarlo en sus anales oficiales revela algo sobre la intensidad de lo que sus escribas relataron.

Alberto Tulli y el bazar de El Cairo

El papiro no habría entrado en el conocimiento moderno sin un incidente ocurrido en 1933 en un bazar de El Cairo. Alberto Tulli, entonces director de la sección egipcia de los Museos Vaticanos, deambulaba entre los anticuarios cuando supuestamente dio con un fragmento de papiro que contenía, según él, una secuencia de los Anales de Tutmosis III. El precio pedido superaba sus posibilidades. Mandó entonces hacer a mano una copia del texto, sustituyendo el script hierático original por jeroglíficos, procedimiento entonces habitual en los círculos eruditos.

Tulli regresó a Roma con su transcripción. El papiro original quedó en El Cairo en manos de un comerciante apodado «Tano» — presumiblemente Phokion J. Tanos, reputado anticuario de la ciudad. Lo que ocurrió después con el documento original sigue siendo desconocido.

A la muerte de Alberto Tulli, sus papeles fueron legados a su hermano, un sacerdote del Palacio de Letrán. Cuando ese hermano murió a su vez, sus bienes fueron dispersados entre diversos herederos. La transcripción del papiro se desvaneció en esa sucesión.

El príncipe de Rachewiltz entra en escena

Fue en 1953 cuando el asunto resurgió. El príncipe Boris de Rachewiltz — erudito ítalo-ruso, egiptólogo autodidacta y, por afinidad, yerno del poeta Ezra Pound — afirmó haber encontrado entre los papeles del difunto Tulli la famosa transcripción. Publicó una traducción en *Doubt*, el diario de la Fortean Society, y declaró que el texto formaba parte integrante de los Anales de Tutmosis III.

Rachewiltz precisó que la retranscripción del hierático al jeroglífico había sido efectuada no por el propio Tulli, sino por el Dr. Étienne Drioton, reputado egiptólogo y entonces director del Servicio de Antigüedades de Egipto. El nombre de Drioton otorgaba un aval científico considerable a la empresa.

Una segunda traducción independiente fue realizada por el antropólogo estadounidense R. Cedric Leonard, quien habló de «discos ardientes» donde Rachewiltz evocaba «círculos de fuego» — una divergencia menor que atestigua menos una contradicción que la complejidad de la lengua jeroglífica, cuyos signos pueden recibir varias interpretaciones según el contexto ritual o astronómico.

La cadena de las dudas

La historia del Papiro Tulli es también la de una cadena de intermediarios que nadie puede verificar hoy. En 1968, el

investigador Samuel Rosenberg, encargado de redactar una sección del informe Condon sobre los ovnis, telegrafió al Vaticano para obtener aclaraciones. La respuesta de Gianfranco Nollí, entonces inspector de la sección egipcia de los Museos Vaticanos, fue lapidaria: «*El papiro Tulli no es propiedad del Museo Vaticano. Está actualmente dispersado y ya no es localizable.*»

Más grave aún, Rachewiltz admitió más tarde no haber tenido nunca el papiro en sus manos, reconociendo que su traducción se basaba en notas tomadas por Tulli durante una breve consulta del documento en casa de «Tano» en El Cairo en 1934. No se trataba, pues, de un papiro, ni siquiera de una copia completa, sino de una traducción de una transcripción de notas de una consulta de un documento original hoy desaparecido. Los ufólogos Jacques Vallée y Chris Aubeck, en su obra de referencia *Wonders in the Sky* (2010), calificaron sin rodeos este expediente de mistificación.

Rosenberg fue más lejos, sugiriendo que el texto podría ser un préstamo encubierto del Libro de Ezequiel — las «ruedas de fuego» de la visión profética del texto bíblico presentando un parentesco inquietante con los «círculos de fuego» del Papiro Tulli. Otros investigadores, menos categóricos, avanzaron hipótesis naturales: cometa rasante, meteorito boreal, fenómeno eléctrico de tipo fuego de San Elmo amplificado por la atmósfera del delta del Nilo.

Lo que el texto dice y no dice

Al margen de las disputas sobre autenticidad, el propio texto merece una lectura atenta. Varios detalles llaman la atención del analista. En primer lugar, la ausencia de cabeza: en jeroglífico, describir un objeto sin cabeza equivale a señalar que no tiene parte directriz visible — una formulación difícilmente aplicable a un cometa o a un meteorito, que presentan una trayectoria identificable. Luego, el olor fétido: esta precisión sensorial inesperada no figura en las descripciones astronómicas habituales de los astrónomos egipcios, que se centraban en formas, colores y movimientos, nunca en emanaciones. Por último, la duración del fenómeno: la aparición se prolongó durante varios días, lo que excluye la mayoría de los fenómenos meteóricos instantáneos.

La medida de un «codo» — unos 52 centímetros según el patrón egipcio de la época — sugiere un objeto de apariencia relativamente contenida, quizás apreciado desde el suelo a baja altitud. Algunos investigadores han señalado que la descripción de un objeto «sin voz» traduce una sorpresa real: los escribas esperaban un ruido, y no oyeron ninguno.

Un fantasma en la historia de la ufología

Sea cual sea la verdad sobre su origen, el Papiro Tulli ha adquirido una existencia propia en la mitología de lo inexplicable. Es citado en decenas de obras consagradas a las observaciones históricas de ovnis, presentado a menudo como la pieza maestra de un expediente antiguo de contacto extraterrestre. Zecharia Sitchin, autor de las controvertidas *Crónicas de la Tierra*, afirmó incluso — sin aportar nunca pruebas — que Tutmosis III habría sido embarcado a bordo de uno de esos aparatos celestes.

No es menos cierto que el documento ilustra una realidad más amplia: desde la Antigüedad, los seres humanos han mirado el cielo con un asombro mezclado de espanto, y los escribas más instruidos han sido a veces incapaces de nombrar lo que veían. Ya fuera en Núremberg en 1561, en Nueva Zelanda en 1909 o en el cielo de Boston en 1639, el cielo siempre ha tenido sus secretos — y los guarda bien.

El Papiro Tulli, auténtico o no, encarna esta verdad fundamental: la humanidad lleva buscando respuestas allá arriba mucho más tiempo del que está dispuesta a admitir.

Documento de archivo: Traducción del Papiro Tulli

Traducción del príncipe Boris de Rachewiltz, publicada en Doubt, n.º 41, 1953

«En el año 22, en el tercer mes del invierno, a la sexta hora del día, los escribas de la Casa de la Vida divisaron un círculo de fuego que descendía del cielo. No tenía cabeza; de su boca emanaba un aliento fétido. Su cuerpo medía un codo de longitud y un codo de anchura. No emitía sonido alguno. Los corazones de los escribas quedaron turbados y se arrojaron sobre sus vientres. Fueron a dar parte al Faraón. Su Majestad ordenó consultar los rollos conservados en la Casa de la Vida. Pasados algunos días, estas cosas se volvieron más numerosas en el cielo. Su esplendor superaba al del sol y se extendía a los cuatro ángulos del cielo. El ejército del Faraón los contemplaba con él en medio de ellos. Era después de la cena. Luego estos círculos de fuego ascendieron más alto en el cielo y se dirigieron hacia el sur. Peces y pájaros cayeron del cielo. Una maravilla nunca vista desde la fundación de su tierra [...] Y el Faraón mandó quemar incienso para establecer la paz con la Tierra [...] y se ordenó que lo ocurrido fuera escrito en los Anales de la Casa de la Vida para que fuera recordado por siempre.»

O.V.N.I. - 27 juin 2026 - Wakonda - CC BY 2.5